

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO  
CONCERTADO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
30 " " " " " 1 pta. " " "	
100 " " " " " 5 " " " "	
300 " " " " " 25 " " " "	
1000 " " " " " 50 " " " "	

**«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»**

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

**Virada mensual de este periódico**  
21.000 EJEMPLARES

## ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

**D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73**

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

## La caridad cristiana

El último día de noviembre de 1876, entró al galope un gendarme en un pueblo del Ouche, cerca de Beaune. Detúvose a la puerta de la alcaldía, y pronto se vió rodeado de mujeres y niños. Los hombres habían ido a observar los movimientos de tropas, pues los prusianos y garibaldinos recorrían el país saqueándolo a más y mejor.

El gendarme había venido a advertir al Ayuntamiento que un batallón de móviles pasaría por allí el mismo día; y hacía saber a los habitantes que por orden del subprefecto, el mencionado batallón no se detendría en el pueblo, porque gran número de soldados estaban atacados de viruelas. Esa tropa se dirigía a un campo aislado, en donde estaban ya preparadas algunas barracas para enfermerías.

Pintóse el terror en todos los semblantes, y más de una boca maldijo a los soldados. Formáronse grupos, discutióse largamente, y cada cual tomó el camino de su casa con el espanto en el corazón y la mente conturbada.

De pronto se oyó un grito, repetido por mil voces de «¡ahí vienen!, ¡ahí vienen!»

Cerráronse bruscamente puertas y ventanas, oyóse llaves y cerrojos, y luego reinó en el pueblo un silencio sepulcral.

El batallón avanzaba con lentitud. Tambores y clarines estaban mudos. Baja la cabeza, lánguida la mirada, rendidos por la fatiga y la enfermedad, los soldados iban arrastrándose más que caminando. Ninguno de ellos abandonó su fila para llamar a una puerta; miraban en rededor con angustia, y después volvían a bajar la vista. Pobres hijos del campo, habían dejado pocos meses antes sus hogares para defender la Patria; pudieron esperar una muerte gloriosa en el campo de batalla, y he aquí que la muerte los cubre, vivos aún, con el más horrible sudario. Causan horror; todo el mundo huye de ellos como apestados; los echan como leprosos.

El batallón atraviesa el pueblo, sin oír más rumor que el de sus fatigados pasos. Después de las últimas casas, se encuentra, no lejos, otra aislada. En ella vive un peón caminero llamado Francisco, que, como todos, ha cerrado también su puerta, y espera con su mujer y con su hija que el batallón se haya alejado.

Al pasar por delante de esta casa un pobre soldado cae exánime. Un sargento y algunos soldados lo levantan y lo colocan en el umbral. En vano llaman; nadie contesta.

Los soldados vuelven a las filas; mientras, el sargento retrocede hacia el pueblo.

El enfermo yacía inmóvil en el mismo sitio. Transcurridos algunos minutos, la puerta se abre; el peón, su mujer y su hija

cogen al soldado y lo llevan lejos, al pie de un árbol, en la orilla del camino, después de lo cual lo abandonan y huyen.

El sargento que iba al pueblo para avisar al alcalde, vió venir por una vereda al párroco, al abate Cloti, ausente hacia algunas horas e ignorante de la llegada del batallón. Viendo que le esperaba el sargento apresuró el paso, y pronto pudo apreciar el horror de la situación.

Urgiéndole reunirse a su tropa, el sargento rogó al Cura que avisase al alcalde. El abate Cloti le acompañó a la casa del peón, y no fué poca su sorpresa cuando vió que el soldado enfermo había desaparecido. Francisco entreabrió una ventana y les señaló con la mano el árbol que cobijaba al infeliz soldado.

Después de saludar militarmente, el sargento se alejó mientras el Cura, se dirigía al árbol. El peón volvió a cerrar su ventana.

Un fúnebre silencio reinaba por doquier; los campos están desiertos y el pueblo parece inhabitado, pues ni aún se ve elevar el humo por sobre los techos de las casas.

El árbol estaba aislado al extremo de un campo, y sus raíces, levantando la tierra, formaban una especie de montecillo muy parecido a una tumba que ninguna mano amiga cubre de flores. Allí yace inmóvil el soldado con la frente descubierta. Un tinte sombrío cubre sus facciones; los labios hinchados y entreabiertos dejaban ver dos hileras de blancos dientes; sus ojos permanecen inmóviles y rígidos bajo negros párpados; las manos crispadas están llenas de tierra; el uniforme despedazado revelaba el sufrimiento, sus pies asoman por entre los zapatos destrozados.

El Cura se detiene y mira; inclínase, pone la mano sobre el corazón del soldado, y observa que todavía late; carga en los brazos al infeliz y toma el camino de su casa. Llega, rendido de fatiga; coloca al moribundo en su propio lecho, y ora unos momentos arrodillado.

La vieja ama del cura entra luego, presa de la más viva agitación.

—¡Genoveva!—dijo friamente el Cura, vais a dejarme solo aquí. Interinamente, viviréis con la mujer del cantor; dos veces al día traeréis mi sopa al corredor de abajo. Nadie entrará sino el médico. La casa está aislada en medio del jardín, y bien ventilada, no paséis cuidado. El Vicario del cercano pueblo del Taillat me sustituirá en todo lo que convenga. Enviadle esta carta, y al mismo tiempo que lleven este billete al Doctor Averno. Daos prisa, Genoveva.

Y bajando la escalera dirigióse el Cura hacia los grupos reunidos delante de la casa. Al acercarse, retrocedió medrosa la multitud, y levantando el cura la mano derecha, mostróles las palabras escritas en gruesos caracteres en la fachada de la Casa Consistorial gritándoles:

—¿Libertad, igualdad y fraternidad? ¿No tengo yo la libertad de socorrer a mi prójimo? Este pobre soldado ¿no es nuestro igual? ¿No os obliga la fraternidad a hacer lo posible para salvarle la vida? Sois unos cobardes... Por mi parte jamás olvidaré que el pastor debe dar su vida por la menor de sus ovejas.

—¡No es de la Parroquia!—gritaron muchos.

—Hoy,—repuso el Cura con fervoroso ímpetu,—hoy mi parroquia es Francia desgraciada; sus parroquianos son los pobres soldados que mueren por vosotros. Idos, insensatos. El miedo os ciega; pero, Dios mediante, entrará el arrepentimiento en vuestras almas.

Volviendo a su habitación, el Cura calentó su cama, acostó otra vez en ella al soldado y le administró los primeros remedios, porque el sacerdote tiene siempre algo de práctico e inteligente en la ciencia médica. Desnudando al soldado vió el Cura caer de su faltriquera la libreta, donde leyó los siguientes apuntes:

—«Juan Dauphin, nacido en Barguel, cantón de Lucech (Lot) el 3 de Junio de 1849, labrador.»

El Cura murmuró entonces al oído del soldado:

—Juan, amigo mío.

Un movimiento imperceptible, un estremecimiento pasajero, un débil resuello, mostró al sacerdote que aún vivía el soldado.

Enderézase, aplica su mano sobre la frente del soldado y cae de rodillas enjugando dos lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Mientras oraba, Juan abrió los ojos, miró a su alrededor y sus labios murmuraron:

—¡Madre!

—Tu madre no está aquí,—dijo el Cura;—pero tu padre espiritual no te abandonará un momento y hará las veces de la madre ausente.

Juan Dauphin miraba a su protector con la profunda atención de los enfermos, y parecía comprender.

Siguióse un largo silencio. El soldado observaba los menores movimientos del sacerdote, y fijaba los ojos en un crucifijo colocado cerca de la cama.

Abrióse la puerta y entró el médico. Después de examinar al enfermo que no pudo responder a una sola pregunta, llevó al Cura cerca de una ventana, y díjole:

—La enfermedad es confluyente... Vuestros paisanos quisieran hacer partir al joven, pero moriría antes de llegar a la salida del pueblo.

—Si permanece aquí, ¿podremos salvarle?—preguntó el Cura con voz trémula de emoción.

Después de una breve pausa, respondió el médico en voz baja:

—Sólo un milagro puede salvarle.



Transcurrieron sesenta y cinco días y otras tantas noches. El soldado pasó largo tiempo entre la vida y la muerte; vinieron las recaídas; las alternativas de mejor a peor se sucedían sin interrupción.

El buen sacerdote no se acostó una sola vez. Sentado en un sillón velaba al enfermo; y agitado por el temor no se permitía sino breves momentos de reposo. De día cuidaba de la casa, porque el médico le había recomendado suma limpieza. Después de las tareas domésticas preparaba las bebidas y los alimentos del pobre soldado y, por la tarde le arreglaba la cama para que pasase la noche mejor.

A los cuarenta días, el enfermo pudo prestar alguna atención al sacerdote que le leía en alta voz algún libro interesante, y le hablaba de Dios, de su grandeza y de su misericordia.

Obróse el milagro en la casa del Cura: el soldado se salvó.

Al mismo tiempo se obró en el pueblo otro milagro no menos patente. Una sola persona fué atacada por la viruela, la hija de Francisco el peón. Dios permitió que viviese, pero su belleza quedó para siempre marchita.

Todo lo comprendió Juan Dauphin. Nadie le dijo lo que el Cura había hecho, nadie le habló del egoísmo de los habitantes; pero la soledad fué más elocuente que todas las palabras.

Una tarde cuando el Cura hubo rezado, Juan Dauphin se echó a sus pies, y cubrió sus manos de lágrimas.

—Padre mío,—dijo,—¿me permitiría usted que vaya a abrazar a mi madre antes de incorporarme a mi batallón?

El Cura se levantó y entregó a Juan la licencia absoluta que había obtenido para él, y una carta de su madre, que no había sabido la enfermedad de su hijo.

Algún tiempo después, el médico se encontró al Cura, y le dijo:

—¿Sabía usted, señor Cura, que al encontrarse con ese soldado se exponía usted a una muerte casi cierta?

—Sí; lo sabía,—respondió tranquilamente.

GENERAL AMBERT.

## Concurso Infantil

¿Dime, niño, tú qué quieres ser?

61

El niño Félix Suárez Antuña quiere ser ingeniero de minas.

62

Pepín Suárez Antuña quiere ser abogado.

63

Enrique Suárez Antuña quiere ser militar para defender a España su patria.

64

Yo quiero ser buena cristiana, obediente a Dios y a mis padres y asistir siempre al Catecismo.—Conchita Alvarez Rubio.

65

Yo quisiera ser buen Fraile y tener junto a mí a mi padre y a mi madre.—Manuel García González.

66

Yo quisiera ser hermana de la Caridad, para curar los heridos del ejército alemán.

Adela García González.

67

Yo quiero ser torero, mejor que soldado porque así, no tengo que ir a la guerra.

Alfonso Argüelles Sánchez.

68

Y yo monja de la Cocina Económica para dar de comer a los pobres.—Elvira Argüelles Sánchez.

69

Yo quiero ser millonario.—Jesús Díaz.

70

Director del AMIGO, ¿qué quiero ser? Yo le respondo al punto: pues un buen Juez.

Pepito Prieto Gutiérrez.

71

Qué cosa más hermosa, ser Jesuita, para convertir almas y decir Misa; mas, lo que anhelo, es ser un buen cristiano para ir al Cielo.—José Ricardo Prieto Gutiérrez.

72

¡Oh! Yo quiero ser Rey, pero de los Reyes Magos que llegaron a Belén.—Antoñito Prieto Gutiérrez.

73

Acerque V. el oído, mi Director... Yo con gusto sería repartidor. Pero de EL AMIGO DEL POBRE ¿eh? (Se te tendrá en cuenta)

Bartolomé Prieto Pondal.

74

Yo deseo ser profesora para enseñar a mis discípulas la religión a fin de que ganen el cielo.—Manolita Moris y Pondal.

75

Pues yo quiero ser profesor para enseñar a los niños y a las niñas a ser buenos cristianos y cumplidores de sus obligaciones.

Marcelino Moris y Pondal.

76

Quiero ser lo que Dios quiera, pues quiero en todo darle gloria.—José Luis Santaló y Rodríguez de Viguri.

Desde Madrid

77

Yo deseo que la Santísima Virgen me conceda ser útil a mis padres y a la sociedad.—Carmen Ramiro Sánchez.

78

Yo quisiera ser enfermera de un hospital de heridos de la guerra.—Lola Vázquez López.

79

Yo quisiera ser monja de la enseñanza para hacer muy buenas a las niñas.

Amalia López de las Heras.

Desde Borja

80

Quisiera ser como Santa Teresa de Jesús para amar a Dios tanto como los impíos le desprecian.—María Calvo Franco.

81

Yo quisiera ser rica para repartir mi fortuna a los necesitados y favorecer a mi periódico favorito EL AMIGO DEL POBRE (Dios premie tus buenos deseos)

Asunción Calvo Franco.

+

Cumpliendo piadosa costumbre de todos los años, en este mes, hemos mandado celebrar en la parroquia de San Lorenzo, al R. P. González, S. J. una misa rezada en sufragio de nuestros suscriptores difuntos y por las intenciones de los que siguen prestándonos su ayuda moral y material.

Dios premie a todos.

## Unas palabras a D. Melquiades

Alvarez, jefe del partido reformista, para que otro no pierda, ya que abundamos en Melquiades más o menos ocurrentes, como *el amigo Melquiades*, pongo por caso.

Cuando los periódicos de gran información lo publicaron debe ser cierto aunque parezca imposible, que usted en el Centro Asturiano de Madrid y con motivo de la apertura de clases y repartición de premios, se le ocurrió abogar por la enseñanza libre de prejuicios de ultratumba y de dogmas, o lo que es lo mismo por la enseñanza neutra, laica, más claro y sin máscara, ANTICATOLICA.

Aun cuando usted en cierta solemnidad gastronómica se declaró *a boca llena* heterodoxo, no por eso dejó de extrañarme su atrevimiento último, ya que demasiado sabrá, como todos sabemos lo que es y los frutos que da la enseñanza laica.

Y me extrañó más todavía la *pasividad* del auditorio del Centro que sufrió en silencio el latigazo. De seguro que allí había padres de familia que con mucho gusto tendrán sus hijos en colegios católicos, en institutos religiosos, sin que ni por un momento se les haya ocurrido a pesar de la elocuencia de usted (¡ay, puesta al servicio da tan mala causal!) cambiar de sistema. El que más y el que menos de sus oyentes no dejaría de acordarse de aquellas tan conocidas palabras de Victor Hugo, y temblar por ellas: «El padre que lleva sus hijos a una escuela laica merece ser ahorcado en la plaza pública». Cuando un sectario así habla, mucho malo debe de haber en ello; por esto y por lo que todos los días se ve en los chicos y en los hombres sin religión, no creo que adquiera usted muchos prosélitos, a pesar de su tesón y de su elocuencia fogosa; me alegraré.

Uno de nuestros primeros pedagogos, canónigo distinguido (no se escame usted) publicista insigne, Catedrático notable y modelo de los hombres que España necesita para su regeneración (palabras del ilustre Doctor Cajal) el gran D. Andrés Manjón de quien hasta los extranjeros vienen a estudiar la enseñanza de la niñez y de la juventud y a quien el mismo don Alfonso XIII elogió y premió en distintas ocasiones, pues bien, este *pobre clerical* habló así de la enseñanza laica que usted tanto enaltece:

«No se remedia con nada sino es con el cuartel y el presidio. La instrucción sin religión no es cultura ni civilización, sino mutilación y deformación del hombre; la escuela sin la religión como base y fundamento de la educación, no es ni puede ser instrumento de regeneración, sino al contrario.

Aumenten cuanto quieran el presupuesto de primera enseñanza, y au-



menten a la par el presupuesto de la Guardia civil, Policía de todas clases y el de cárceles y presidios, si junto con la mayor paga de los maestros se autoriza u obliga a éstos a prescindir en las escuelas de la religión.»

Otras muchas opiniones podía copiar de católicos eminentes, y de no católicos, pero eminentes también en otros ramos del saber humano, que en esto de la enseñanza sin religión veían claro y tuvieron la franqueza de confesarlo así a pesar de su sectarismo; mas ¿a qué cansar a usted? sin duda que las sabe tan bien como yo o mejor, pues es usted más ilustrado.

Como también sabrá usted los tristes frutos que la enseñanza sin Dios está dando en Francia desde la supresión oficial de las escuelas católicas perseguidas como se persigue a un animal dañino. Las estadísticas de la criminalidad en la niñez son aterradoras... usted lo sabe tan bien como yo... en el supuesto de que «haya querido beber en buenas fuentes».

El hombre sin Dios es una fiera. «Un pueblo sin religión es ingobernable y por tanto hay que ametrallarle», según palabras de Napoleón, acostumbrado a ver y estudiar hombres y pueblos.

¿Qué es, pues, lo que usted se propone con defender lo indefendible? ¿Acuerdos de secta?... ¿Fines políticos como cuando el famoso debate en las Cortes con motivo del tristemente célebre Ferrer?... Usted estaba convencido de su culpabilidad, y si le defendió en la Cámara fué por fines políticos, según V. mismo dijo a aquel general que le extrañó tal defensa en un abogado tan notable como usted.

Política... de partido, acuerdos de secta, quiero yo suponer que le obligaron a usted a hablar como habló en el Centro Asturiano de Madrid, del que es usted presidente.

Y quiero suponer esto porque no puedo creer de ningún modo que de su corazón se haya ausentado la rectitud, el sentimiento, la piedad, el amor al prójimo, hasta arrancarle la más preciada joya que es la Fe en Cristo con la cual se vive feliz en este mundo a despecho de todas las miserias y contrariedades y se alcanza después una ventura sin fin. ¡Cuántos que perdieron esta Fe desesperados se suicidaron!... ¿No tuvo usted amigos entre estos infelices?

Aun suponiendo, mi señor D. Melquiades, que un *más allá* no existiera, ¡Dios me perdone lo herético de la suposición, en gracia al buen deseo que me anima con usted! aun suponiendo tal absurdo ¿no sería cruel arrebatarse al hombre esta esperanza que le hace feliz siempre, que le consuela en sus infortunios, que le hace fuerte en las contrariedades y héroe en los peligros? ¿Qué otra hay igual? ¿Arrebatamos la esperanza a un enfermo, por grave que esté, que la tiene en sanar? Empezar haciendo indife-

rente al niño en las cosas de Religión para traerlo luego a la más horrible incredulidad, es lanzar en medio de los mares un barco sin timón y con carga preciosa, es socavar los cimientos sobre que descansa la sociedad entera, es convertir florido verjel en cloaca inmundada, es destruir la verdad y entronizar el vicio y el crimen; es, en una palabra, arrebatarse almas a Dios que dió por ellas toda su sangre divina.

Usted, recuérdelo bien, ha tenido en muchos de sus discursos párrafos elocuentísimos defendiendo la religión de Cristo, usted está casado por la Iglesia, tiene familia que se educa en las prácticas cristianas; como la educaron y la educan casi todos esos defensores del laicismo en las escuelas; pues bien, déjese de contradicciones tan lamentables que han de pesarle algún día, y lo que no quieras para tí no lo quieras para otro.

Obremos siempre pensando en el terrible día de la cuenta ante el Justiciero y Poderoso Juez de vivos y muertos que nos la ha de pedir de todas nuestras obras, palabras y pensamientos.

De V. afmo. que le desea el mayor bien

JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

Nuestro respetable amigo y apreciable suscriptor D. Vicente de Jove y Hevia nos ha remitido la siguiente poesía que con gusto publicamos:

## La Guerra y la Paz

Más de la mitad de Europa  
Con sangre abona la tierra  
Y causa espanto esta guerra  
En que muere tanta tropa.

Porque según datos ciertos,  
La matanza ha sido mucha;  
En trece meses de lucha  
Son seis millones los muertos.

Y mientras que se deplora  
Catástrofe tan inmensa  
Dice parte de la prensa  
Que la guerra empieza ahora.

Pero también hay bastantes  
Estadistas distinguidos  
Que juzgan arrepentidos  
A muchos beligerantes.

Y un consejo Paternal  
Que por todas partes cunde,  
Sagrado respeto infunde  
En la opinión general.

Por eso, en altas esferas  
Se verifican gestiones  
«Para que cuatro naciones  
Se devuelvan sus fronteras»

Por amor a sus soldados,  
Deben en esta ocasión  
Tener una reunión  
Los Jefes de los Estados.

Pues ha de ser eficaz  
El angusto pensamiento,  
Quedando en aquel momento  
Inaugurada la Paz.

## Motivos de credibilidad

«Si en la fe religiosa no me mantuviese la autoridad de una Iglesia que lleva más de 18 siglos de duración, que tiene en confirmación de su divinidad su misma conservación al través de tantos obstáculos, la sangre de innumerables mártires, el cumplimiento de las profecías, infinitos milagros, la santidad de la doctrina, la elevación de sus dogmas, la pureza de su moral, su admirable armonía con todo cuanto existe de bello, de grande, de sublime, los inefables beneficios que ha dispensado a la familia y a la sociedad, el cambio fundamental que en pro de la humanidad ha realizado en todos los países donde se ha establecido, y la degradación, el envilecimiento que sin excepción veo reinando allí donde ella no domina; si no tuviera, digo, todo este imponente conjunto de motivos para conservarme adicto a la fe, haría un esfuerzo para no apartarme de ella, cuando no fuera por otra razón, por no perder la tranquilidad de espíritu».

(Balmes.)

## Charla

—Tú que tienes buena vista, ¿qué dice ese papel puesto en la pared?

—Es una disposición en favor de la vacuna... vamos que todos debemos vacunarnos como preservativo contra enfermedades contagiosas...

—Ah, sí, el avisito de todos los años, bien está. Las autoridades no descuidan el velar por la salud pública. Es su deber; pero figúraseme que en esto de mirar por la salud pública no andan todo lo diligentes y acertadas que es de desear.

—¿Todavía más? A todas horas y con cualquier pretexto están molestandonos la vida y alarmándonos con investigaciones por y para la higiene. Que si la higiene por aquí, que si la higiene por allá, y ¿en dónde aprietan? donde menos falta hace, porque se yo de casas y de barrios enteros donde ni siquiera se sabe lo que la palabra *higiene* significa.

—No tiene eso nada de particular. Nuestros gobiernos, nuestros Ayuntamientos, son un poquito desiguales en eso de dar y cumplir órdenes y leyes. Cuando celosísimas, según que se aproximen épocas de elecciones u otras de conveniencia política; cuando apáticas a estilo musulmán.

Y volviendo a lo de la vacuna, se la exige poco menos que como la cédula de vecindad, no solo a los niños, a los adultos. Si no presenta usted el certificado facultativo de haberse vacunado ya le cayó enredo. Se temen, se temen los contagios, pero los contagios que pueden dar muerte al cuerpo (tarde o temprano ha de morir).



De los contagios que dan muerte a las almas, y por lo mismo mil veces más terribles que los otros, de esos... no se ocupan, ¡lo tienen a menos nuestros conspicuos! Pudieran llamarles *reaccionarios* y tiemblan más a este calificativo que los niños al *coco*.

—Y qué contagio es ese que yo no lo veo?

—Se ve y se palpa desgraciadamente en cualquier parte. Gran número de ciudadanos y ciudadanas están de él inficionados y no se guardan, no se retiran, como apestados, de la vía pública, avergonzados de su mal, sino que parece lo muestran con insolente descaro. Las autoridades dejan estos *enfermos peligrosos* en completa libertad, esas mismas autoridades que exigen la vacuna como preservativo de enfermedades menos graves.

—¿Cuáles son, pues, las que usted tanto lamenta?

—La inmoralidad, la pornografía.

—Sus efectos no se ven como en las otras.

—Sí se ven, sí, que traen a la humanidad camino de su ruina. Las generaciones son cada vez más decrepitas. Difícilmente se ve ya un joven, un niño que no estén de ellas contaminados, ¡les es tan fácil! Escaparates, kioscos, teatros, cines, revistas, periódicos... ¡todo cuanto el *progreso* y el *arte* modernos, tolerado por las autoridades, pone a su alcance, todo es inmoral, sicalíptico... hasta infundirles en la sangre el virus ponzoñoso, destrozando naturalezas que pudieran

ser sanas, robustas y comunicar salud y fortaleza a generaciones sucesivas.

¿Ha visto usted algún edicto de *vacuna* contra estos contagios?

—Aquí precisamente traigo un periódico que algo habla de eso. Vea usted:

«El Consejo Superior de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad, haciéndose eco de las denuncias formuladas por algunos padres de familia, referentes al peligro que entraña para la salud de los niños y de los jóvenes la creciente exhibición en kioscos y puestos de periódicos de las publicaciones llamadas sicalípticas, ha oficiado al director general de Seguridad en este sentido, para que excite el celo de sus agentes al efecto de que eviten el daño que puede causar en la juventud la contemplación y lectura de libros, folletos, revistas y periódicos atentatorios a la moralidad y buenas costumbres».

Hay más todavía; siga leyendo esto otro de «La Correspondencia Militar»:

«Ya que ni las autoridades, ni el ministerio público, ni los Tribunales parecen asqueados e indignados del inmundo ambiente moral que levantan esas odiosas publicaciones que impunemente atacan a la honra ajena, afrentan a la moral y esparcen las detestables semillas de la ineducación, la canalésca agresividad y la impúdica estafa, debemos ser nosotros, los mismos periodistas, quienes limpiemos nuestro campo de toda mala hierba, para no vernos obligados a escuchar bochornosas verdades que, si individualmente no afectan a la inmensa mayoría de los que ejercemos este ingrato oficio, caen de lleno sobre una institución social que no quiere o no sabe sacudirse tanta ignominia.

Todos debemos, empezando por la Asociación de la Prensa, acudir sin contemplaciones al remedio de este mal que nos apena y nos sonroja, pero que no combatimos tan inexorablemente como demandan nuestro interés y nuestra dignidad.»

No es la primera vez que así se dispone y así se habla, pero las disposiciones y palabras han pasado como fuegos fatuos, como relámpagos; la epidemia sigue haciendo estragos y exhibiéndose tan descaradamente como siempre. ¡Si hasta la padecen muchas autoridades!

Tratárase de un tifus, de una viruela y no se darían punto de reposo nuestras autoridades en inventar medios de combatirlos: «La vacuna, la fumigación, el aislamiento del atacado, etc. etc.»

Los daños que afecten al alma y aun los que molesten al cuerpo, si son ocasionados por el gusto depravado de los sentidos, esos dejadlos, *puede el baile continuar*. Las disposiciones... los bandos... pura fórmula, no se asusten los libertinos, los escritores sin conciencia, los comerciantes desaprensivos.

¡Cuando la fe religiosa falta donde más debe brillar, ni las autoridades son autoridades ni el pueblo es un pueblo digno!

### Correspondencia administrativa

Sra. D.<sup>a</sup> S. A.—Serrapio.—Pagó a fin Septiembre 1916.

Sr. D. A. R.—Pelúgano.—Id. 1916.

Sr. D. A. V.—Madrid.—Id. fin Noviembre 1915.

Sr. D. J. V.—Carrascosa de la Sierra.—Id. fin Enero 1915.

Imp. de Lino V. Sangenís.—Gijón

## PAÑOS Y NOVEDADES LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

### FUNERARIA DE

Nijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

## IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

## Acebal, Rato y Comp.<sup>a</sup>

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cechnas cerradas desmontables, todas de Hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; plaza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y el montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 60.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc

## BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

### CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

## :: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJON

## FABRICA DE ORNAMENTOS

Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS

es el

## RECETARIO DOMESTICO

del Ing. Gherzi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILI, editor, Barcelona.